

## LA REVOLUCION ECONOMICA.

### ARTÍCULO 2.º (1).

#### I.

Hemos demostrado cuanto se puede de mostrar para las verdaderas inteligencias financieras, que las dos contribuciones—territorial é industrial—bastaban para sufragar los gastos públicos. Con la primera—la territorial—basta y sobra para atender à los gastos del Estado: con la segunda—la industrial—basta y sobra para atender à los gastos de la provincia y el municipio.

#### II.

Convienen todos, y està en la conciencia de todos, que en efecto bastan esas dos solas contribuciones; pero—contrayéndose à la primera—la consideran un absurdo en atencion à las inmensas ocultaciones que hay,—ocultaciones que à la vez confiesan representar, sin exageracion un 80 por 100 de lo que hoy se recauda por este concepto (2).

¡Y no es horrible oír semejante cosal! ¿No es horrible oír que en España es un infeliz el que paga por territorial, y un hombre que lo entiende el que oculta su riqueza? ¿Cómo es posible que sea un estado, estado; cuando se ha elevado à dogma tan horrendo como inmoral principio?—Dígase de una vez que nose quiere administracion pública—lo que es incomprendible,—y que todos los adelantos de economia política en las demás naciones,

(1) Ampliacion de nuestro artículo que, con e mismo título de *Revolucion económica*, hemos puesto de editorial en el primer número de esta REVISTA, correspondiente al 15 de mayo de 1874.

(2) Hoy no se recaudan ni cien millones de pesetas por este concepto!!! cuando Portugal, que es un fragmento de la Península, recauda más. Hecho el catastro en España, como debe hacerse, gravando sólo el diez por ciento à la riqueza territorial, recaudaria la nacion, sin violencia alguna, cerca de mil millones de pesetas,—con lo que amortizaria muy bien su deuda, pues los gastos venian à ser ménos segun demostramos en nuestro primer artículo, una vez adoptado nuestro sistema económico.

no deben salvar los Pirineos,—asemejándonos completamente à los moros de Anguera. *Ecco il problema.*

De seguir asi la sociedad española, siempre estará en un déficit desconsolador, con la bancarrota pendiente de su cabeza cual otra espada de Dàmocles. Si le fuera dable à una nacionalidad prescindir de una contribucion tan legítima como la territorial (vulgo *piso*), claro està que los españoles habríamos conseguido en economia política lo que no consiguió jamás sociedad alguna del mundo. Pero, como esto no es posible, y la hacienda nacional marcha de trampa en trampa, ola tras ola de fuego... *por no herir* à los propietarios que considera como la base financiera del estado—no siéndolo,—lo lógico es el naufragio en el vórtice à donde nos llevan los remolinos políticos, el caos por el descrédito y el *non possumus magis* pronto à exalarse. en fin, de los autorizados labios del Sr. Salaverria.

#### III.

«Que la propiedad està demasiado recargada!—se dice con énfasis,—pagamos el 18, el 20 y el 30 por 100!»

¡Hé ahí el bú, y el gran sofisma, y el gran error!!

Convenido en que Juan, Pedro ó Diego pague en territorial el 20 por 100 *por tales y cuales propiedades* QUE SEÑALA; pero señala todas las que posee? ¿No oculta ninguna?—Hé ahí el *busilis*...¿y por qué no hablar claro hablando *en familia* como hablamos?

Convenido, tambien, en que Juan, Pedro ó Diego pague por territorial el 20 por 100; pero ¿paga algo en ese mismo concepto, J. Z. y X, que poseen tal vez más propiedad que él? *Tha iste question*, como dice Hamlet.

Y si todos pagaran, y no hubiera *ocultaciones* ¿se pagaria entónces el 20 por 100? De ningun modo.—Si no hubiera las *innumerables* ocultaciones que hay, tal vez la propiedad no pagaria en España el 5 por 100 por territorial,—cubriendo con esos solos *ingresos* sus gastos.

## IV.

Hágase, pues, el catastro,—y hélo aquí todo.

¡Qué es imposible hacerlo tan pronto como se quiere y con la *verdad* que se quiere!—se canta en todos los tonos. ¡Admirable raciocinio, propio de gentes oscuras!

Combatir ese grosero clamor, precisamente es el objeto de este artículo que escribimos, tendiendo à realizar el catastro pronto y con *verdad*. Indiquemos al efecto el *milagro*, ó procedimiento como dice la chusma política.

## V.

El medio, milagro ó procedimiento, no puede ser más adecuado, facilísimo y legítimo. En consonancia con la naturaleza de toda nacion constituida, publíquese un decreto *ad hoc*, sin necesidad de parte *expositiva*, porque las razones que lo motivan están ya por demás en la conciencia nacional; y que este decreto no tenga más que el *siguiénte y único* artículo en su parte *dispositiva*:

«Todos los propietarios que en el término de un año, à contar desde 1.º de enero de 1876 à 1.º de enero de 1877, no hayan inscrito en el registro de la propiedad de cada partido respectivo, las fincas que posean y lo que satisfacen de *co. tribucion por ellas*,—el gobierno se incautará de las que *oculten*, perdiendo aquellos definitivamente su derecho de propiedad sobre ellas.»

El medio podrá ser terrible (1); pero en la cuestión financiera ¿quién ha puesto à la nacion en el caso de emplear à grandes males grandes remedios?—Quien? Los que ocultan su propiedad, *base* de la economía ó administracion pública de todos los pueblos.

(1) Por cruel que parezca esta medida, no ha de poder ménos de tomarla el gobierno; pues son tan escandalosas las ocultaciones en territorial, que rayan en lo inverosímil.

Es más: el desvarajuste de nuestra Hacienda, llega hasta el extremo de que el gobierno no sabe lo que *es suyo* por efecto de la desamortizacion civil y eclesiástica: hay en este sentido ocultaciones tan complicadas, como fabulosas; fortunas improvisadas, en fin, que eluden uno y otro día simultáneamente el rigor de las leyes.

## VI.

Sabemos que este editorial nos va à enagenar las simpatías de algunos propietarios. Eso nos dará la medida de la profundidad que hacemos en el *blanco*, puesto que... *el que teme, algo debe*. Los propietarios, que nada ocultan, esos nos colmarán de parabienes, pues ellos saldrían altamente beneficiados con la medida que proponemos, porque cuantos más paguen, à ménos *toca*.

## VII.

En cuanto à la redaccion de este artículo, fácil nos fuera engalanarlo con frases floridas, galanas y de gran efecto; pero estamos convencidos de que en cuestiones puramente de economía política, el público está hastiado de *castelarismo* ó palabras, palabras y palabras, y solo anhela *biskmarismo*, ó sea ideas, ideas é ideas, vulgo golpes contundentes. En hacienda, la *poesía* del decir nunca podrá ser más que un *medio*; jamás un *fin* ó mejora eminentemente práctica, lógica y beneficiosa como las demanda con urgencia el estado fatal y deplorable de la nacion, financieramente hablando.

La *verdad* del catastro ó parcelacion territorial, es lo que apuntamos como panacea de nuestros males... y el *pronto* remedio que exponemos, para obtener esa *verdad*, el único. Si la primera no es *urgente*, y si lo segundo es inhábil, cuestionémoslo:—francas quedan para ello las columnas de nuestra REVISTA.

## XIII.

Terminamos haciendo una aclaracion importante, ya que por el estado de nuestras perturbaciones políticas, todo se tergiversa y à todo se le dà mala interpretacion. Nosotros nos valemos de la calificacion de *Revolucion económica*, para nuestros estudios financieros, no en el sentido grosero de que para efectuarla tengan que correr arroyos de sangre... pronunciamientos... algaradas de las muchedumbres, etc.—La voz *revolucion* la usamos en la misma acepcion que reforma, si bien esta última no entraña el gran cambio que debe operarse en nuestro estado económico para simplificarlo y hacerlo *conve-*



nientísimo á los intereses de la pátria. Cuando la administracion pública, hasta hoy, ha estado entregada al nepotismo y á las mayores nulidades,—nepotismo y nulidades que nos han traído al mayor desconcierto,—la revolucion ó reaccion que la hacienda ha de efectuar *sobre si misma* para librarse del caos en que la vemos, no debe retardarse mucho en nuestro concepto,—porque asi como de los grandes errores surgen las grandes verdades, y de los desórdenes el orden,—asi confiamos en que de nuestra oscuridad y galvanismo rentístico, debe surgir inmediatamente la luz y vida que ilumine y anime las *tenebrosas* y muertas cajas ó depositarias de nuestras administraciones económicas provinciales,—obedeciendo al impulso que les comunique una inteligencia financiera á la altura de la nacion española, tan rica en medios como pobre en resultados.

Explicaremos aún más este último pensamiento. Haya república, haya monarquía, haya cesarismo, sea en fin la que quiera la forma de gobierno,—la revolucion política sigue elaborándose en el fondo de nuestra sociedad en progreso permanente, y esta revolucion que la mina y la trabaja sin que poder alguno pueda contrarrestarla porque no se puede contrarrestar lo providencial,—tiene señalado dos blancos: en el orden *moral*, el clero católico como elemento parásito para nuestra *produccion*; y en el orden *material*, la hacienda, *in sttato quo* para el caso desde Mendizábal.

Si se ha podido detener á este hacendista en sus *decretos* y no discursos para arbitrar razonadamente; si se ha podido paliar y dulcificar el sistema tributario de un Mon, con el mismo objeto; y si se ha podido *inutilizar* á un Bravo Murillo para que no evidenciara su plan rentístico... (1) hoy no es ayer, y la *propiedad*

(1) Despues de estas figuras levantadas en hacienda, la revolucion del 68 no ha producido más que caricaturas ridículas como un Figuerola, Ardanaz, Moret, Ruiz Gomez, Angulo, Echegaray, Quemacho, etc., etc. En una palabra: no *personas* políticas, sinó *cosas*; pero cosas sin olor, color, ni sabor;—nulidades elevadas sobre los *zancos* del pandillaje *politiquista*;—economistas de camarilla, no de una nacion;—entidades financieras *en el gabinete* de Serrano, Sagasta, Ruiz Zorrilla, etc., no entidades financieras *en España*;—mayordomos de presidentes de consejo, no ministros de Hacienda ó verdaderos hacendistas nacionales.

acaparada hasta aquí, y hasta aquí burlandose de todo y de todos, *tema lo que debe temer...*!—porque la nube *que formó* no puede estar más encima!

Los defraudadores de la hacienda nacional, podrán haber estado un dia *arriba*; pero su base está *abajo*!

## IX.

Al pueblo se le ha venido *distrayendo* hasta aquí con discursos políticos académicos que nada tenían que ver con lo principal, la hacienda.

Al pueblo se le ha venido *distrayendo* hasta aquí con editoriales de política chismográfica ó política menuda, que nada tenía que ver con lo principal, la hacienda.

Y al pueblo, en fin, se le ha venido *distrayendo* hasta aquí en los ateneos y demás sociedades con investigaciones políticas internacionales, sumamente poéticas, que tampoco tenían que ver nada con lo principal, la hacienda.

En cambio, sobre lo principal, no se le ha ilustrado.

No se ha ilustrado á un pueblo, ni se le ilustra, en lo que *recauda* el MUNICIPIO por arbitrios, y en lo que lo *gasta*,—discusiones no solo utilísimas, sino esencialmente políticas,—de que debieron ocuparse con preferencia los diarios de carácter local.

No se ha ilustrado á un pueblo, ni se le ilustra, en lo que *recauda* la PROVINCIA, y en lo que lo *gasta*,—de que debieron ocuparse con preferencia los periódicos de índole provincial.

Y no se ha ilustrado al pueblo, en general, ni se le ilustra, en lo que *recauda* el ESTADO, y en que lo *gasta*,—que es de lo que debieran ocuparse con preferencia los periódicos de carácter nacional.

Recordad en nuestros parlamentos, el momento de discutirse los presupuestos nacionales... ausencia general de diputados! ausencia general en las tribunas! silencio sepulcral en los diarios!

Cuando el espíritu público está de tal modo galvanizado para las cuestiones financieras, que son la *clave*, el todo, de la política palpitante de los pueblos... una nacion está completamente *definida*:—quitáte tú para ponerme yo, y trampaadelante! Hélo aquí todo!

Por eso—no estrañaremos que nues-

tros editoriales sobre la *Revolucion económica* que demandamos, nazcan *muertos*, ó no ensanchen el horizonte en que nacen!

Pero, tenemos confianza en nuestro destino,—y aunque no hagamos más con esto que concitar ciertas iras contra nosotros, firmes, clavados, nos hallaremos siempre en nuestro puesto, como apóstoles de la verdad en la humilde tribuna de la prensa!—perfectamente blindados para los sarcasmos rutinarios de la ignorancia y de la mala fè.

BENITO VICETTO.

Ferrol, 1875.

### HOY REZO POR TÍ,

La pátria me llamó... Yo fui á la guerra  
y al verme tú partir,  
me juraste llorando sin consuelo  
rezar siempre por mi.

Mil veces á la muerte vi cercana  
en la sangrienta lid,  
mas siempre me salvé porque sin duda  
rezabas tú por mí.

La guerra terminó... Volví á mi aldea,  
pero ¡suerte infeliz!  
al buscarte, mi bien, te hallé en la tumba  
donde rezo por tí!

R. ULLOA.

Pontevedra, julio 10 de 1875.

### TRADICIONES FEUDALES DE GALICIA.

#### LA INFANZONA DE MESÍA.

(Continuacion.)

#### III.

El trovador y su dama.

La humilde iglesia que aun hoy se vé en la Puebla de Mesía y que la devocion de aquellos montañeses levantó en memoria de su patron san Cristóbal, no existía en la época que acaecieron estos sucesos. La que entónes habia estaba situada en el nacimiento de una gigantesca montaña, pero muy cerca de la torre, hácia el lado de Betanzos y casi donde ahora está la de santa Maria de Bascoy. Era un edificio cuadrangular que se elevaba como un gran prisma de arquitectura, y rodeado por detrás de montones de escombros que, formando pequeños conos, se des-

lacaban sin orden en aquel parage, llamado por los comarcanos las ruinas de san Cristóbal.

Este deteriorado sitio, como todos los de esta naturaleza en aquellas tierras, originaba mil consejas estrañas de fantasmas y vestigios que en aquel siglo supersticioso todos las creian, y aun más sin verlas decian que las velan. Y esto no se crea que era por algun fin particular, sino porque efectivamente su miedosa imaginacion se las pintaba. Asi es que de las ruinas de San Cristóbal, se contaban tan estupendas y maravillosas leyendas, que ningun arquero de Mesía, por muchos puños y valor que tuviera, se atrevia á llegar á ellas á media noche. Pero entre todas, la que más llamaba la atencion y la que más confirmaban los comarcanos, era la de que en la hora del crepúsculo vespertino, aquellas pirámides de añosas piedras, conforme la lobreguez se aproximaba, se iban volviendo gigantes descomunales que corrian en tumulto al derredor de la mutilada iglesia, agitándose vestidos de negro y blandiendo espadas de indecible longitud: metamórfosis tan inverosímil, que solo los comarcanos de entónes podian dar por verdadera. De este espíritu de supersticion aun hay vestigios en aquellas montañas; como se verá á la conclusion de esta crónica.

Serian, pues, las once de la noche del hermoso dia en que acaecieron los sucesos que forman los dos capítulos que anteceden, ni una estrella brillaba en el firmamento, un viento impetuoso agitaba las ramas de los corpulentos robles y todo parecia presagiar una furiosa tormenta: era una noche propia para cobijar los quiméricos delirios de los supersticiosos comarcanos de la tierra de Mesía. De repente una figura de negro capuz se deslizó con la velocidad del rayo por el pequeño puente que hay entre las ruinas y el castillo, con direccion á las primeras. Y apenas hubo llegado al pórtigo de la iglesia, cuando un apuesto caballero, saliendola al encuentro, la tendió los brazos, y estrechándola con amorosa ternura, ámbos se dejaron caer entre las ruinas, sirviéndoles de escaños estas.

—Amada luz de mis ojos! encantadora de mi corazon, dijo el doncel á la misteriosa figura del capuz, que despojándose de él, dejó ver el cuerpo más elegante de muger, á la pálida luz de la brillante luna que de improviso apareció en el firmamento.

—Trovador de mi alma, amado mio: contestó la hermosa vírgen; cuando terminarán estas entrevistas nocturnas para dar lugar á otras en que ni una palabra de dolor anublase nuestras frentes, y en que la luz del sol y los ojos de los hombres nos miren venturosos!

—Oh! no tardará mucho tiempo: te lo prometo.



—Lloras!... lloras acaso por eso?

—No, esta lágrima que así se desprendió de mis ojos en este instante, es un tributo á la memoria de la amistad más tierna, á la memoria del amador más desgraciado...

—Ah! de quien hablas?

—De Macias.

—Ha muerto?

—Si, hoy me dijeron que su cruel rival le atravesó á traición el pecho de una lanzada.

—Dios mio! pobre Macias!

—Pobre, si; bien pobre por cierto!

—Y ella, Juan Rodriguez, que es de su adorada Elvira?

—Segun acaba de informarme el que me comunicó tan lastimosa nueva...

—Murió tambien á manos de Hernan Perez?

—No, es aun más infeliz: está loca!

—Desdichada!

—Mil veces si.

—Plegue al cielo que la desgraciada suerte de esos dos amantes no tenga relacion alguna con la nuestra. Entre los dos habia un altar...

—Oh! si, y cuando quisieron unirse más y más, olvidando unos deberes tan sagrados, el altar se unió en la lucha, hundiéndose tanto en la tierra, que dejó un hoyo para la sepultura del doncel de ese malhadado don Enrique el Hechicero.

—Infeliz!

—Aun no hace tres meses que me separé de su lado, y quién me habia de decir lo que sucedió despues!

—Qué jóven, y morir tan pronto!

—Oh! en eso se cumplió la predicion de un viejo astrólogo de Madrid que nos auguró á los dos un mismo porvenir: "morir jóvenes y desgraciados por amores."

—Como tiembla tu mano al pronunciar esas palabras!

—A nosotros tambien nos separa otra barrera, el amor de una muger poderosa.

—Es verdad. Muy triste se presenta nuestra mañana, empero el cielo compadecido de la pureza de nuestra pasion abrasadora, quizá bien pronto nos trazará otra senda más brillante de goces y de placeres, de risas y de amores.

—Y no nos queda otro remedio para ser felices que apelar á Dios y al tiempo?

—Si!

—Cuál?

—Huir de estos sitios.

—Oh! no! eso nunca.

—Ingrata! no quieres cambiar la calma que disfrutas en esa torre, por las zozobras y privaciones de la pobre querida de un trovador ambulante!...

T. II.

—Angel de mis amores! mi adorado Juan Rodriguez; no atribuyas á tal mi repugnancia en abandonar la torre de Mesia: no, yo te amo con todo el ardor de mi alma: estando á tu lado se realizan mis más preciosas ilusiones de virgen. Oh! bien sabes si te quiero, cuando arrastrada por la fuerza de este amor de fuego que con tus trovas de ángel despertaste en mi corazon, olvido todo lo más sagrado que hay y todo lo atropello por tí... Oh! si, todo por tí, por mi eterno adorador!

—Bien, hermosa, del corazon! Con cuanto placer escucho esas palabras!... repite otra vez esas espresiones capaces de enloquecer de amor al hombre más insensible á su poder. Oh! tú eres para mí más que los rios para el mar, la brisa para la rosa. Sin tu cariño mis cantos carecerian de ese sentimiento que enagena á los que me escuchan, mi vida se deslizaria como la del reptil, sin goces y sin amores. Pesie á la muger que en vano pretende sea suyo, tu siempre en mis brazos, ella siempre á mis piés.

—Juan Rodriguez!

—Mira, criatura celestial: es tan ardiente el fuego de mi amor, te adoro con tanta vehemencia que no hace muchos dias que puesto de hinojos en la cima de una de esas montañas, y clavando con afan los ojos en el cielo, como si al través de su azulada superficie divisase una persona que me escuchase, el Ser Supremo: juré con toda la sinceridad de mi alma amarte hasta la sepultura y morir por tí. Oh este juramento nadie me lo exija; brotó de mi corazon como el perfume de una rosa; este juramento puro por si mismo, es santo por que á Dios se lo han hecho mis ojos y mi alma.

Y apenas habia acabado de pronunciar estas amorosas palabras el amartelado trovador, cuando un repentino trueno se dejó oír sobre ellos como si hubieran provocado al cielo; retumbando entre las rocas con horrisono fragor. El agua empezó á caer á torrentes, el negro firmamento parecia entreabrirse para arrojar mil rayos y centellas que desgajándose de las nubes culebreaban por el espacio formando igneos surcos. Habia sobrevenido una de esas furiosas tormentas tan temibles en verano para los habitantes de nuestras montañas, porque aunque no suelen durar más de una hora, devastan las campiñas y arruinan los endebles techos de sus casucas.

—Hermosa creacion, bella de mi vida... preciso es separarnos ya que el mismo Dios lo ordena. Hasta mañana, dijo el caballero de las ruinas posando sus lábios sobre la frente de la aterrorizada hermosura.

—Adios! contesó esta cubriéndose con el capuz.

—Te acordarás en tanto de mí, Leonor?

—A cada instante.

—Me amarás siempre como ahora?

—Oh! sí, hasta la muerte!

Tales fueron las últimas palabras que pronunciaron los dos amantes al despedirse, y pocos momentos despues la hermosa del capuz salió de entre las ruinas dirigiéndose al castillo, y su amador por distinto lado tambien se perdió entre la densa lobreguez de aquella terrible noche.

El trueno no cesaba de rebramar por intervalos, el relámpago brillaba tambien de tiempo en tiempo anunciando la salida de aquel, y el Marzoa, que poco ántes deleitaba con su monótono murmullo, dejó bien pronto oír un estrepitoso ruido semejante al de las aglomeradas olas del océano que corren á impulsos del huracan hácia las rocas de la playa.

Muy cerca iba ya la incógnita belleza del castillo; sus piés tocaban ya las piedras del humilde puente que hay entre este y las ruinas, cuando una voz apenas inteligible la hizo quedar helada de esturpor, clavada allí en el centro, como una de esas figuras de piedra que el arquitecto suele poner de adorno en algun puente. Tendió su vista la belleza al lado donde habia percibido aquel terrible acento, muy más temible para ella que el del trueno, y á la claridad de un relámpago, distinguió á su lado la figura de un hombre gigantesco, que poniéndola una mano en el cuello como si pretendiera ahogarla y sacando de entre los pliegues de su ropon una cortadora daga, se abrazó á ella con tanta fuerza como el sayon á la víctima que vá á ahorcar; cayendo ámbos sobre la baranda del puente, que siendo de madera muy vieja y no pudiendo por lo mismo resistir el peso de dos personas, se desprendió sobre el rio precedido de aquellos dos estraños personajes.

BENITO VICETTO.

(Se continuará.)

### Á MI HIJO.

Ven, rapacillo; ven, mi tesoro,  
dulce consuelo del mal que lloro,  
ángel que vela por mi existir;  
ven, que en mil besos y mil abrazos  
el alma quiero darte á pedazos,  
y hay en mi boca miel para ti.

Cuando tú seas más grandecito  
he de vestirme de galleguito:  
¡verás qué glorio! ¡verás qué bien!  
Pues, ¿y en la feria?... ¡Cosa galana!  
tendrás montera, calzon de pana,  
y cachiporra tendrás tambien.

Cuando las calles recorras luégo,  
mocitas y hombres:—¡Ay, un gallego!—  
dirán en toda la poblacion.  
—Sepa—dirásles—el que tal piense,  
que un galleguito del propio Orense  
y á mucha gala ¡canastos! soy.

Cuando vayamos de romería,  
con ese traje, que dá alegría,  
porque te vean, irás, mi amor.  
No habrá en el corro donde se dance  
quien tanto aplauso como tú alcance,  
ni habrá tan majos como tú dos.

Los dos iremos sobre un pollino  
á ver la fiesta del Carballino,  
y en Celanova, la del cristal;  
por las vendimias á Ribadavia;  
quien bien se quiere, persona es sábia;  
¿por qué del mundo no disfrutar?

Sé que no puedo llegar á viejo,  
y ántes que muera darte un consejo  
quiero, hijo mio, del corazon.  
Ama, cual amo, siempre á Galicia,  
respetá al bueno y á la justicia,  
haz bien al pobre y adora á Dios.

Nombre á los buenos eterno espera;  
si tú vivieres despues que muera,  
en mi sepulcro ruega por mí.  
Si eres poeta, no viertas llanto;  
sólo te pido que en tierno canto  
recuerdes, hijo, lo que sufrí.

VALENTIN LAMAS CARVAJAL. (1)

### GALICIA PINTORESCA.

### LA GUARDIA.

(CONCLUSION.)

### III.

Desde el 12 de diciembre de 1804 hasta el año de 1808, y con motivo de la guerra sostenida contra Inglaterra, se situaron en el puerto de La Guardia gran porción de lanchas corsarias, que causaron graves perjuicios al comercio inglés con Portugal. Por este punto intentó invadir en 1800 el reino vecino un mariscal de aquel coloso de la guerra, de aquel ambicioso titánico para quien los pueblos nada significaban, del moderno César, del gran Napoleón, el mariscal Sault, que tuvo que desistir de su empeño por oponérsele los elementos y los pechos de hombres que defendian su independencia, viéndose forzado á dirigirse con sus tropas á la provincia de Orense para poder llevar á cabo con más facilidad la invasion.

En el año 1833, desembarcó en esta villa el almirante inglés Sir Napier, el que después de haber pasado el Miño, sitió y tomó á Caminha prestando grande ayuda al duque de Braganza.

(1) Traducida del gallego al castellano por don Ventura Ruz Aguilera.



En 1838 fué sorprendido este pueblo por un numerosa partida carlista, habiéndose situado en las alturas de tal manera, que no pudo reunirse la milicia nacional, y puso á contribucion á los propietarios; pero esta intentona ocasionó á los pocos dias la muerte del cabecilla Guillade.

A consecuencia de la sublevacion general de Galicia en 1846, estuviéron expatriados muchos hijos de esta villa.

#### IV.

Hállase situada La Guardia á los 41° 68' longitud y 2° 30' latitud del meridiano de Cádiz. Combátela los vientos N. y N. E., disfrutando de un benigno clima. Es partido municipal y pertenece á la provincia de Pontevedra, de cuya capital dista once leguas, y al partido judicial de Tuy, de donde dista cuatro leguas. En lo religioso, su parroquia está sujeta al obispado de esta última poblacion. Tiene buenos edificios, entre ellos la casa municipal, distribuidos en el casco de la poblacion y barrios de La Cruzada, Rivera y Sobre la Villa; tiendas de abacería, ropas y otros; imprenta y litografía. Tiene además de la iglesia parroquial, un convento de monjas benedictinas suprimido en 1868 y dedicado hoy á escuelas públicas, y tres ermitas dedicadas á la Concepcion, San Cayetano y San Sebastian.

El puerto es poco cómodo y capaz sólo para embarcaciones pequeñas. Su movimiento mercantil durante el año de 1870, fué de 80 buques de entrada, y salieron 89. Constituye el principal movimiento de este puerto, la pesca y salazon. La aduana es de cuarta clase, habilitada para el comercio de cabotaje y extranjero. La poblacion es de 2,375 habitantes en la villa y 6,020 en todo el término municipal, por pertenecer á él las parroquias de San Lorenzo en Salcidos y Santa Isabel en Camposancos. Tiene buen alumbrado público, cuerpo de serenos y guardia municipal y rural. Posee 16 escuelas, 4 sostenidas por fondos municipales y 12 por particulares.

Unese La Guardia á Vigo por una bien cuidada carretera de segunda clase.

El blason heráldico de esta villa, que se obtenta en algunos edificios públicos, es una nave sobre aguas con tres palos sin velas: el que hoy usa el municipio ha sido modificado sobre la misma base del antiguo, sin que sepamos el motivo. Este blason representa dignamente los muchos hijos que este pueblo ha dado á la patria para el comercio universal. Tambien ha dado individuos que le han enaltecido, ya en el foro, ya en la representacion nacional, de los que se enorgullece su patria.

Este pintoresco pueblo se ve bastante concurrido durante los meses del estío, por bañistas procedentes del interior del país y del vecino reino portugués.

Para que nuestros lectores puedan formarse idea más aproximada de este pueblo, damos su vista general. Véase en ella, en primer término, el convento de benedictinas, fundado en 1561 por D. Alvaro Ozores de Sotomayor y sus hermanos. Subida la escalera que empieza junto á dicho convento (1) y terminada, encuéntrase á la izquierda un lienzo de muralla, cuya construccion, por unos se achaca á los romanos, por otros á los suevos, y por otros, últimamente, á los hijos del país para su defensa durante las invasiones sarracenas y normandas. Dicha muralla circua todo ó parte de la poblacion y tenia dos puertas, una á la terminacion de la citada escalera, y otra junto á la torre del reloj; y que aún existian en 1625, pues en 25 de setiembre de dicho año, mandó el ayuntamiento se las pusiesen cerraduras.

Preséntase luégo el buen caserío del centro, de cuyo seno surjen la torre del reloj y la de la parroquia de la Asuncion,—edificio de buena fábrica, construido en diversas épocas, y cuyas campanas ya sonaban en 1629 para tocar la oracion del medio dia.

Entre este panorama y el monte Torroso, que se nos presenta en último término, divisase el derruido castillo de Santa Cruz, construido en el reinado de Felipe III y vendido á varios particulares en 1860.

La segunda vista que publicamos, es la de una Atalaya construida en el reinado de Felipe IV, y que en la última guerra con los ingleses, al principio de este siglo, nos fué de suma utilidad, como tambien lo fué el castillo de Santa Cruz. Comunícase aquella fortaleza con tierra firme durante las bajas mareas, quedando en lo restante de tiempo completamente aislada.

El tercer grabado que insertamos, es el picol llamado Facho del monte de Santa Tecla. ¡Cuántas veces la zozobra y el temor del navegante hánse apaciguado al divisar en lontananza y envuelto entre la bruma este picol Figura en las cartas náuticas consultadas muy particularmente por los que se dirigen de N. á S.

#### V.

Es indescriptible la emocion que sentimos al vernos sobre su elevada cumbre. El etéreo y azul

(1) Hasta los primeros peldaños de esta escalera llegó el airoado mar en el terremoto de 1755, de que ya hablamos anteriormente.

cielo en cuya bóveda luce, ya el refulgente sol, si es de día, ya la argentada y melancólica luna, rodeada de su cohorte de estrellas, que parece tachonando el espacio, levantándose sobre nuestra cabeza, y luego á nuestros piés, contempladas desde una altura que casi causa vértigo, la villa de La Guardia al Norte, una prolongada costa erizada de escarpadas rocas azotadas por las furiosas olas de un proceloso mar, la carretera que, serpenteando por la falda de altos montes, une dicha villa con Bayona y Vigo, y por último, hasta donde la vista alcanza, las islas Cies, de Oas y de Arosa.

Dirigiendo la vista al Oeste, sólo se divisa el gran océano, ese gigantesco mar, cuyas aguas son tan surcadas por buques que encierran los productos de todo el mundo y cuyas turbulentas ondas estréllanse á nuestras plantas al pié del mismo monte.

Al Sur vése el mismo mar, cuyas olas, ya jadeantes, se apagan en áridos arenales, y á Caminha con su carretera que la une con Viana y Porto.

Volviendo los ojos al Este véense el majestuoso Miño, el Coira y el Tamuge, cual cintas de plata sobre una verde alfombra, y el hermoso y feraz valle del Rosal con otros pintorescos pueblos y blancos caseríos.

Pálida sería toda descripción que quisiéramos hacer de este panorama, cuya belleza se siente sin encontrar palabras que sean su verdadera expresión, y que hagan sentir la imaginación como si fuese vista por los ojos materiales. Recomendamos, pues, á todos cuantos visiten La Guardia pasen un día de campo en Santa Tegra, y estamos seguros de que no les pesará.

Al terminar este pequeño trabajo ocurreseme una reflexión, ¿En qué consistirá que poseyendo en nuestra patria sitios tan encantadores como éste, vayamos á gastarnos tontamente nuestro dinero en el extranjero, sin conocer apenas el pátrio suelo, guiados por una pueril vanidad, ó rindiendo homenaje al tiránico dominio de la moda? Buscamos frescas brisas en el ardoroso estío, aquí tenemos La Guardia con su suave clima, con sus panoramas de liciosos, con ese cristalino y extenso espejo llamado el Miño, que lame sus plantas, con el hermoso océano, cuyas olas parece juguetean chocando contra los peñascos, y cuya inmensidad asombra.

Esperemos que los medios de comunicación sean mejores y sobre todo más rápidos, y creemos que entonces aquellos sitios se verán concurridos por los amantes de lo bello y de la patria.

JOSE POVEDANO.

Sevilla 11 de marzo de 1873.

## ROJIN ROJAL.

(Continuacion.)

### IV.

#### EL CONDE DE ROADE.

Yo soy un demonio.

(EL CONDE DE LEMOS.)

A la hora en que en el cielo purísimo, transparente, brilla el sol resplandeciente con mayor intensidad, por la ribera del Eume, hácia el castillo de Andrade, corre el señor de Roade, lleno el pecho de ansiedad.

Cubierto de armas, ginete en un poderoso obero, el rostro ceñudo, fiero, demudada la color; ansioso, airado, terrible, aunque su caballo vuela, á cada instante la espuela hunde en su hijar con furor.

Al revolver un ribazo, divisa el conde altanero puesto en mitad de un sendero á su fiel Rojin Rojal, no ménos que él taciturno, no ménos que él demudado, y muy mucho más airado por su actitud á juzgar.

Apénas le vé, refrena su caballo el conde altivo: corre á tenerle el estribo respetuoso el doncel; mas ántes de que éste llegue del noble animal al lado, el conde, ya desmontado, se encara raudo con él.

Sereno Rojin sostiene la mirada que le envia, y otra no ménos sombría clava del conde en la faz: mirada fría insistente que la sangre al conde hiela, y que espantosa revela de cuanto el paje es capaz.

Luego con voz cavernosa, más trémula, vacilante, exclama el conde arrogante: —«Me llamaste y héme aquí. Revélame cuanto ocurra; pero cuenta que si es fútil el motivo, si es inútil tu llamamiento... ¡ay de tí!

Que no sabes la tormenta que en mi pecho ha provocado la carta que aquel soldado de tu parte me entregó. No más te detengas, dime... Habla, Rojin, habla presto, ¡vive Dios! que estoy dispuesto como siempre á todo yo.»

Sin turbarse Rojin, de audacia lleno, á impulso de su anhelo de venganza, fingiendo indignación, así le dice:



—«Gran mancilla, señor, os amenaza. Obedeciendo fiel vuestro mandato; sin que de mi ninguno sospechára, de mi señora las acciones todas noche y día observé. Siempre en su estancia la ví, llorando triste y pesarosa, de sus mismas doncellas apartada. Cual víctima de inmensa pesadumbre, que atribuí, señor, á vuestra larga fatal ausencia, sola en su retiro á extremos dolorosos se entregaba. Era exponerse á su terrible enojo interrumpir su soledad. Extraña era, pues, su aptitud. Yo, recelando que algun designio de encubrir tratara, porque jamás la viera de tal suerte y que hubiera motivos ignoraba, redoblé mi atencion, y el resultado confirmó mi temor.

—¡Oh! Laura, Laura, preveo algo espantoso... Pero, sigue.

—A ver, señor, la noche bien entrada, noche serena, plácida y hermosa, que, empero, desventuras presagiaba, llegaron á su colmo mis temores, ó, por mejor decir, patente y clara vi la negra traicion que presentía. Ella, señor, con criminal audacia, las protestas de amor de un caballero...

—Sigue...

—Que al pié de su ajimez estaba, oía complacida, recordando un ya pasado bien...

—¡Oh!!!

—Sus palabras el nombre del galan me revelaron: Enrique de Guimil se apellidaba. —¡Su antiguo amante!...

Con acento horrible así furioso el de Roade exclama; crisper las manos trémulo, y envuelve al paje en diabólica mirada. Espantoso fulgor lanzan sus ojos, reflejo del infierno de su alma, y febril, delirante, trastornado, roncós rugidos brota su garganta. Aparentando calma, sangre fría, pero dejando traslucir su ansia, que su relato hasta el final prosiga, luégo al mancebo vengativo manda.

—«Después que el de Guimil quejas le dijo, y mil satisfacciones le dió Laura, ámbos huir trazaron de estas tierras hoy cuando todo entre tinieblas yazga: abandonar por siempre estas regiones que presenciaron su comun desgracia, y en lejanos países retraidos, tranquilos disfrutar dicha no escasa. Al ajimez arrojará una piedra el caballero de Guimil, y entrada, por una fuerte cuerda prevenida, entónces Laura le dará en su estancia, y luégo en alas de su amor infame, rápidos huirán de esta morada. Mas, ántes de alejarse, el caballero tal vez os retára; pues fiero trata del de Andrade vengar la pronta muerte con fuerte brazo y tremebunda saña.»

Mudo, sombrío, pálido, imponente, imágen de Satán; la frente alzada; la vista fija en las robustas torres del castillo feudal, que á gran distancia

aparecian, por los rayos de oro del sol de primavera iluminadas; la diestra mano con descuido puesta sobre la empuñadura de su daga, y arrugando en su diestra la ropilla de brocado riquísimo adornada, medita el conde, y á la vez escucha cuanto imposible el paje le relata. ¡Cuán feroz la expresion es de sus ojos! El fuego que devora sus entrañas en ellos brilla con fulgor horrendo, que al mismo paje atemoriza, espanta. «Los dos, los dos—murmura sordamente:— para hacer más terrible mi venganza, sangre les diera de mis propias venas cien veces, y otras cien la derramara! Y al pronunciar sus labios contraidos como sordo rumor estas palabras, se oscurecia su ceñuda frente, y temblaba convulso y se agitaba.»

Atento Rojin le mira con afán siempre creciente, y se esfuerza vanamente por penetrar su intencion: tan solo advierte que ruje atroz tormenta en su pecho, b que el odio y el despecho desgarran su corazón.

Perplejo el conde vacila: su inteligencia asaz ruda qué hacer en tal trance duda, ó qué partido tomar. En el furor tremebundo donde ciego se despeña, juzga venganza pequeña á los traidores matar.

Nada llena su deseo; que no hay dolor en la tierra igual al rencor que encierra su pecho duro, cruel. Y ansia bañar en sangre de su victoria la palma, para apagar de su alma la devoradora sed.

Al fin acude á su mente, que perturbada delira, una idea que le inspira el atroz genio del mal. Y acogiéndola gozosa, su mirada torva y fiera, hablando de esta manera, dirige á Rojin Rojal:

—«Escucha: cuando la noche tienda su medroso velo, y ántes que brille en el cielo de las estrellas la luz, junto al foso del castillo apostarás resuelto, en las tinieblas envuelto como en fúnebre capuz.

Esperarás, daga en mano, á que con alma confiada haga la seña acordada el vil, el traidor galan; pero cuando Laura acuda, de amor y anhelo demente, saltarás sobre él valiente y muerte allí le darás.

¡A su vista!... Yo entre tanto oculto en otro aposento... Pero ¿para qué te cuento...? Yo sé cómo debo obrar. La infame, la vil... ¡infierno!... Yo te lo prometo, paje:

la torre del Homenaje  
con su cuerpo he de adornar.

Tú cuida que nadie advierta  
mi misteriosa venida;  
que me vá en ello la vida,  
y me vá en ello el honor.  
Favorece mi venganza,  
Rojin, y yo te prometo  
revelarte un gran secreto  
que te atañe.

—¿A mi, señor?

—Si; pero no me interrogues:  
después, después de vengado.  
Hoy no tengo otro cuidado  
que mi venganza, Rojin...  
¡Ah! Laura, mi noble esposa,  
heredera del de Andrade,  
¡juzgas que más que Roade  
vale el señor de Guimil?...

SEGISMUNDO GARCÍA CASTRO.

(Se concluirá.)

## CUADROS DE LA HISTORIA DE GALICIA.

### COLONIAS GRIEGAS EN GALICIA:

su historia y su influjo bajo los aspectos  
económico y social.

### SEGUNDA PARTE.

(Continuacion.)

#### HISTORIA DE LAS COLONIAS GRIEGAS EN GALICIA.

##### V.

#### Nueva colonización griega después de la guerra de Troya.

Posterior á la catástrofe de Troya, cantada por Homero, nuevas colonias griegas llegaron á Galicia también por mar.

Homero las menciona, las menciona Asclépiades Mirleano; y Trogo Pompeyo, que escribió ántes de Estrabon, viviendo Augusto, dice en el epitome de Justino casi lo mismo que Asclepiades de Mirlea,—refiriendo que los gallegos afirmaban ser descendientes de los griegos, porque Teucro (1) después de la guerra de Troya, pasó á las costas de España, donde hoy existe Cartagena, y luego hizo asiento en Galicia, dando nombre á aquella gente, pues uno de sus territorios se llama Amphiloquios: *Gallæci Græcam sibi originem asserunt: siquidem post finem Trojani belli Teucrum... Hispanie littoribus appulsum loca ubi nunc est Carthago nova occupasse: inde Gallæciam transisse, etc. positis sedibus genti nomen dedisse. Gallæciæ autem portio Amphilochi dicuntur* (lib. últ. cap. 3).

«Esto de dar nombre á la gente,—dice Florez, (Esp. Sag., t. 15)—no se entiende toda Galicia, sino del sitio llamado Gravios, ó Amfilocos y Helenos, cuyos pueblos estaban en su territorio. Silio Itálico apoyó lo mismo en lo que mira á que Teucro llegó á Cartagena, diciendo en el verso siguiente; á los ya citados: *Dat Karthago viros, Teucro fundata vetusto*. San Isidro adoptó el concepto y

(1) Teucro: caudillo griego, hijo de Telamon, rey de la isla Salamina en el mar Eubeo.

palabras de Justino (lib. 9, cap. 2): *Gallæci... græcam sibi originem asserunt*. Plinio, refiriéndose á los Helenos, Gravios y á Tuy, dice que todos descendían de griegos: *Græcorum soboles omnia* (libro 4, cap. 20); y como hoy no podemos resolver cosas antiguas sin documentos antiguos, parece que, estando los citados tan claros, y no habiendo otros, debemos condescender con ellos, admitiendo que los griegos llegaron y habitaron en Galicia, ó bien fuese Teucro, ú otros de su comitiva, ó algunos posteriores; pues prescindiendo del modo individual se evitan varios argumentos; y el hecho de hallar tantas voces y ritos griegos por la costa occidental de Galicia, debe prevalecer contra cualquiera conjetura especulativa; porque, no siendo nombres de gente latina, ni bárbaros, resulta que fueron impuestos por los griegos, de cuyo idioma descenden; no por los romanos, ni por los españoles primitivos, cuyas dicciones se distinguen claramente, vr. gr., *Lucus Augusti, Aquæ calida, Interamnium*, que son latinos, y *Seburri, Arrotrevas*, que son indígenas; pero *Hellenos, Amphilochi, Gravii, Tude, Lais, Cassiterides*, etc., solo pueden originarse de los griegos.

Queda probado históricamente que los griegos vinieron á Galicia ántes y después de la catástrofe de Troya;—y si esto también se nos niega, quememos entónces todos los datos que se refieran á las épocas antiguas de los pueblos, puesto que todos tienen su pró y su contra; y no solo á las épocas primitivas, sino á las modernas, donde el hecho se admite ó se rechaza, segun la opinion política especial del Jupiter tonante.—Desoigamos, además, la historia tradicional, esto es, la voz de nuestros padres y de nuestros abuelos, de nuestros montes y de nuestros rios y localidades que con sus denominaciones helénicas nos hablan incesantemente de nuestros colonizadores.

«El haberse dedicado los griegos de la guerra de Troya, desechados de sus estados, á establecerse en varios y remotos países, pudo ser efecto de saber que en ellos ya habia otras colonias anteriores de su nacion;»—palabras de nuestro ilustre investigador Sr. Vereá y Aguiar, que comprueban cuanto acabamos de historiar, al levantar la historia del país, del fango en que hasta aquí la tenia sumida la rutina y la falta de ilustracion general para concordar sucesos y épocas.

Aún más; como prueba de lo encarnada que está en Galicia la colonización griega, hé ahí hasta el *Cronicon Iriense*, segun se halla en un antiguo código de la iglesia compostelana. Hasta ese manuscrito antiquísimo, como eco del territorio en el Tiempo, nos dice, traducido al castellano:—«la ciudad de Iria (Iria, Tiria, Padron), que ántes habia pertenecido á Iria, hija de Teucro, rey de Troya, cuando ámbos llegaron prófugos á estas comarcas... etc., etc.» Es decir que no tan sólo los autores griegos anteriores al nacimiento de Jesús, sino los latinos, y los de la reconquista neogermana, y los de la edad media, y los de hoy nos hablan de las colonias griegas en Galicia (cada uno á su modo más ó menos acertado, pero en el fondo afirmando el hecho),—y hasta el pueblo en la historia tradicional, y no solo las personas sino hasta las cosas,—y sin embargo, aun hay quien las niega, como Masdeu, Huerta, etc.—Pero... ¿de qué no se duda en este mundo? Habíamos de escribir hoy mismo la historia de nuestras revueltas, y de seguro habria quien negara hechos... segun el prisma de su conveniencia política, ó ya por capricho, ó por oposicion á todo: de esta manera, la historia se hace imposible: el ateismo de esos sabios que destruyen y no crean, la mata incidental-



mente, hasta tanto que ese ateísmo no se desvaneciera por su propia absurdidad.

(Se continuará).

BENITO VICETTO.

DESCRIPCION DE LAS RIAS BAJAS (I).

Dichoso aquel que no ha visto  
mas rio que el de su patria.

A. LISTA.

Cuando cansada de la lucha inquieta  
á que vive sujeta  
el alma en el bullir de las ciudades  
dirijo, como el ciervo hácia la fuente,  
mis pasos nuevamente  
de mi patria á las dulces soledades;

No voy á las cantábricas riberas  
que, rebaño de fieras,  
azotan en su cólera las olas,  
ni á las sierras, abruptas, sus vecinas  
donde viejas encinas  
se elevan melancólicas y solas.

No recorre de Orense los senderos,  
los mil desfiladeros  
que surcan la granítica montaña,  
ni en la fértil Mariña á la aldeana,  
la del dengue de grana,  
pido un puesto al hogar de su cabaña.

Yo sé de un rinconcito de Galicia,  
que bajo la caricia  
de un sol digno de Nápoles ó Malta,  
produce limoneros y granados  
y sus alegres prados  
con flores de los trópicos esmalta.

Donde el mar, que es azul como el zafiro,  
con el blanco suspiro  
de la brisa, se riza mansamente  
como de lapasion ante el lenguaje  
palpita bajo el traje  
el seno de la virgen inocente.

Donde en noches profundas, estrelladas,  
las auras van cargadas  
de perfumes de azahar y madre selva,  
y remeda un fantástico gemido  
el trémulo chasquido  
de los pinos gigantes de la selva.

Tiene de su celaje en los fulgores,  
en sus entrañas flores,  
la gracia sensual del Mediodía,  
y en sus grandes florestas, salpicadas  
de arroyos y cascadas,  
del norte la tenáz melancolia.

El aloe sus hojas africanas  
opone á las lianas  
que lo ciñen de blancas campanillas,  
y los bíblicos nardos sus corolas  
al rumor de las olas  
desplegan de la ria en las orillas.

(1) Esta bellísima composición fué premiada con *accessit*, y aplaudida con entusiasmo, al terminar su lectura, en el certámen literario celebrado en Santiago el 23 de julio último.

De la luna á los pálidos fulgores  
los dulces ruisñores  
recelando la luz de la mañana  
lanzan sus trinos, sus canoras notas,  
que mece el aire rotas  
como un hilo de pérlas se desgrana.

¡Qué es de dejar con el alba el lecho blando  
y, la costa orillando,  
ver cuajarse la mar de blancas velas,  
que, á la pesca al salir de la sardina,  
como el ave marina  
van trazando en el agua sus estelas!

¡Qué es grato cuando en calma religiosa  
la tarde misteriosa  
espira entre celajes del poniente,  
ascender por veredas escondidas  
al altar de druidas  
que á despechos del tiempo alza la frentel

Aquí el áurea segur habrá cortado  
el muérdago sagrado,  
y, ceñidas las sienes de verbena,  
la galaica virgen, como un hada,  
cruzó por la enramada  
á la nocturna claridad serena.

Mi deseo á la playa me encamina,  
y sobre arena fina  
huella mi pié mil conchas caprichosas,  
y viendo como muere, sesgo y manso  
el mar en su remanso,  
me complazco en cojer las más hermosas.

O bien en tardes de huracán y bruma  
reventando en espuma  
oigo la voz de los abismos grave,  
viendo de la tormenta que la azota  
huir la gaviota  
á posarse graznando en una nave.

Veo, desnudos los robustos brazos,  
entre redes y lazos  
cojer al simple pez los marineros  
y con gritos de júbilo, arrancados  
de los centros salados,  
amontonar los pobres prisioneros.

Del pescador el inocente hijuelo,  
revuelto el rúbio pelo,  
con rostro que tostó brisa marina,  
trémulo de ansiedad, con faz risueña,  
parece allí en la peña  
una estatua de bronce florentina.

Con leve planta y vivo movimiento,  
suelta la trenza al viento,  
cruzan por los estensos arenales  
las hijas de la costa, en cuyas venas  
de griega sangre llenas,  
una sávia febril corre á raudales.

Su vida, en Portonovo, solitaria  
se pasa sedentaria  
labrando encajes y soñando amores,  
y, como piensan siempre en un ausente,

es de mármol su frente  
y faltan á su rostro los colores.

Yo las he visto con sus grandes ojos,  
con sus pañuelos rojos  
que se anudan atrás á la cintura,  
mirando al mar, absortas en un sueño,  
y hallé que en su diseño  
es la Venus de Milo menos pura.

Y quien sabe si en épocas remotas  
cuando las griegas flotas  
vinieron á bordar á estos lugares,  
el modelo que fué de Praxistéles  
no huyo de sus ciuceles  
y alzó aqui sus domésticos altares?

Y por qué nó? De su inmortal belleza  
aqui Naturaleza  
revela los misterios seductores,  
y una corriente universal de vida  
parece difundida  
en el mar, en las selvas, en las flores.

Se percibe el secreto movimiento  
del gran renacimiento  
que está incesante renovando al mundo,  
y activo aun en la nocturna calma,  
habla el paisaje al alma  
con verbo elocuentísimo y profundo,

Si en la arena abrasada del desierto,  
como en el polo yerto,  
Dios anima la nieve y las llanuras,  
¡cuánto en el deleitoso panorama  
le siente el que le ama  
de los mares, los montes y espesuras!

Tanto diverso cuadro, que me encanta,  
el himno son que canta  
á su gloria la tierra, el mar, el cielo,  
y surge, al espectáculo imponente,  
más hondo y más ardiente  
de comprenderle el infinito anhelo.

El que suspire como yo suspiro  
por el almo retiro,  
tendrá en las Rias bajas su delicia;  
que son lo más poético que encierra  
esta risueña tierra,  
esta bendita pátria de Galicia!

EMILIA PARDO BAZAN.

Julio de 1875

## LAS AUREANAS DEL SIL.

MEMORIAS DEL VIZCONDE DE FONTEY.

XXI.

Aventuras en la Coruña: Lucrecia Borgia: felicidad del  
amor libre, ó un marido á *le derniere*.

(Continuacion.)

«Caballero—decia aquel papel de Lucrecia—

parece que hay en nuestras almas algo como si ya se hubieran conocido de mucho... parece que hay un deseo ardiente de verse y de comunicarse sin que el aire mismo sorprenda sus misterios... Tal vez al dirigir á V. estas lineas, cometa la mayor indiscrecion que cometer pueda muger casada... tal vez! Pero leo en sus ojos de V. su corazon, y su corazon de V. no puede desear mi deshonra ó lo que es lo mismo, mi muerte.»

«Poseo, cerca de aquí, entre Pasages y el Burgo y orilla del mar, una quinta que denominan los paisanos *Diadema*, por una galería que la corona como una guirnalda de cristal: mañana al amanecer salgo para ella, donde pasaré el dia y la noche, sola, sin mi marido, ni pariente alguno.—V. saldrá de aqui por la tarde, y al cerrar la noche se encontrará V. orilla del mar, frente á la parte de galería que hácia él tiene *Diadema*. Yo entonces encenderé en esa galería tres fósforos, uno despues de otro, con intervalo de dos minutos, y despues bajaré á la puerta del jardin, que le abriré á V. yo misma...»

«Fijese V. bien: en todo esto no interviene ni ha de intervenir criado ó persona alguna: sólo los dos, por los dos y para los dos.»

¿Dormiría yo aquella noche? Imposible. Aquellas líneas de Lucrecia, revelaban claramente que esta muger no era una *cursi* rica, esto es, una muger de *doublé* sinó de oro; tan hermosa como discreta. Cuando á la hermosura se une el talento, hay algo de cielo en la tierra como dijo el marqués de Valdegamas.

Al amanecer del dia siguiente, me levanté con precipitacion,—y como los anteriores lo pasé en la mar, metido en un bote,—ya acercándome á la Marola, donde abordé y ascendí hasta su cima, bebiendo Jerez perla en ella,—ya bordeando el Seijo blanco y paseandome en Santa Cruz de Mera,—ya en fin internándome en la ria de Pasajes, donde comí al caer la tarde en su pintoresca fonda, y desde donde despedí al barquero.

Despues, desde uno de los miradores de la fonda, distinguí á *Diadema* á mi derecha en la cual los rayos del sol se desvanecian en cambiantes sobre los innumerables cristales que coronan aquella hermosa quinta ó casa de recreo.

A mi izquierda—sobre la linea móvil del océano—pasaban y repasaban algunos vapores con sus penachos de humo, saliendo ó entrando en la Coruña,—y esto me hacia prorrumpir en apóstrofes contra la sociedad,—apóstrofes propios de mi embriaguez lasciva.

—Miserables gusanos de la tierra,—murmuraba; —vais y venis de un punto á otro creyendoos felices con adquirir tanto ó cuanto por ciento de ventaja; mientras yo, sin fatigar la imaginacion con cálculo alguno, gozo de todo lo mejor del mundo, por mi ociosidad hereditaria y de raza. Vosotros, si vais al paseo y al teatro, os contentais con ver brillar alguna belleza, á la que *piso* antes de que vosotros la veais ó *piso* despues. Sociedad, tu estás á mis piés,



tambien como las hermosuras, porque como yo tengo oro y posicion—los medios,—todo se rinde á mi alvedrio:—y tú, sociedad, no eres más que un servidor inconsciente de mis caprichos: me tráes en tus vapores el rico Jerez, los aromáticos habanos, los elegantes trages, todo... todo... y quien sabe, tal vez hasta las mugeres que, como otras tantas flores, alfombran mi planta! Tengo oro, y lo tengo todo,—porque este mundo no es más que un juego en queoros son triunfos.—Si me oyeras, sociedad, me maldecirias, porque acostumbrada á vivir en una ilusion teatral, la *verdad* te ofende. Tengo oro, y lo tengo todo,—porque tengo tus mugeres más bellas, tus objetos más preciados, y tus bebidas y manjares más esquisitos;—y si quiero ser diputado soy diputado; y si quiero ser ministro soy ministro, y si quiero tener *amigos*... la mar!!! y si quiero tener talento... la arena!!! y si quiero tener periódicos que me alaben... las estrellas!!! ¡Cuando has de conocer, oh sociedad, lo *miserable* que eres? Todo en ti es por el oro y para el oro,—y como yo lo tengo, estais á mis piés!!!—Dirás que esa muger adorable que *me espera*, no me cuesta *dinero* alguno, en horabuena,—pero si yo fuera un *pobreton* ¿se hubiera fijado en mi?—En tu sed de posicion ó de oro, no reparas en nada, sociedad;—y por eso casas tus bellezas más peregrinas con viejos y asquerosos generales como el general S... el general D... etc, etc. Si esos generales, ó hacendistas ó almirantes, fueran zapateros, ni tus bellezas los querrian para calzarlas!!!—Sociedad podrida y afanosa, muévete en tus vapores y ferro-carriles de aqui para allí, y trae-me el espumoso Champagne, aromáticos habanos, manjares confortables, ricas telas para vestirme, y bellas mugeres para sentarlas en mis butacas,—que como todo se paga á peso de oro, oro no me falta, y siga este juego social en queoros son triunfos!—Agitate, agitate, en torno del tanto por ciento, que cotizaremos todos en esa gran Bolsa que se llama el Cementerio,—mientras que yo en mi *dolce farniente ó sentado comodamente*, gozo á discreccion del aroma de tus vinos, de tus habanos y de tus mugeres *faciles*, pero hermosísimas, en un sibaritismo más ventajoso aun que el del clero,—que es gente que lo entiende!

Y despues de este y otros apóstrofes propios de la embriaguez de mi triunfo erótico, fué decreciendo gradualmente la claridad del dia; las sombras de la noche empezaron á descender sobre las alturas de Perillo y de Montrove; plegaron las flores sus corolas; las olas parecieron aplamarse; las auras dormir en los pinares; las aves, dejando de cantar parecian preparar sus nidos de oro y esmeralda para la velada, y todos los rumores se fueron extinguendo lentamente entre las revueltas curvas del valle.

Me aproveché entónces de la luz crepuscular para dirigirme hácia Diadema, siguiendo la orilla de la ria, oculto entre los *vallados* cubiertos de zarzamorras.

Cuando llegué cerca de Diadema, la noche cerrara del todo,—y sólo la ténue claridad de las estrellas me permitia distinguir los objetos en la oscuridad de la atmósfera, embalsamada por las magnolias de Diadema.

Esperé más de una hora á tiro de escopeta de la quinta, y no brilló ninguna luz en su guirnalda de cristales.

¡Si me habrá engañado!—murmuré—si, tal vez, se habrá querido burlar de mi esa sirena encantadora! Oh! la broma seria humorística, pero en verdad que yo la merecia por ser tan confiado!

A estas dudas que me asaltaron, me estremeci de angustia. Mi amor propio herido, empezaba á mortificarme tanto que, si una fiera apareciese por alli, creo que iria yo más bien sobre ella como un gladiador animoso, ántes que intentara arrojarse sobre mi.

Por fin, vi brillar rápidamente una luz en la galeria... que se apagó. Luego otra... que tambien se desvaneció casi como un relámpago. Y luego la otro.. Ah! es imposible que corazon alguno haya palpitado jamás dentro del pecho, como palpitaba el mio á cada una de esas fosforencias luminosas en Diadema: parecia que, al palpar, se evaporaba subitamente en suspiros continuados.

Enderezé mis pasos á la puerta de la cerca y esperé.

La puerta giró suavemente sobre sus goznes,—y á la pálida luz de las estrellas, una muger que pudiera llamar la *dama blanca* por su traje y su actitud amorosa, se dibujó fantásticamente en el dintel como la hada de Lurípersen en las florestas del Rhin.

Yo me arrojé en sus brazos...

—Moderacion...—murmuró abrazándome á la vez.

Y nuestros lábios se estremecieron, al contacto hebélico y abrasador con que se buscaron en la sombra,—encadenándose nuestras almas en un beso de fuego.

Lucrecia me tomó en seguida de la mano, y me condujo por entre las flores del jardin hasta el pié de una escalera elevada y estrecha que conducia á la galeria. Subimos por ella, y una vez en la galeria, tocó el resorte de una puerta y nos encontramos en un precioso gabinete, que parecia un kiosko en los aires, é iluminado suavemente por una bomba rosa en su centro.

—Aqui—dijo, dejándose caer en una butaca y señalándome asiento en otra á su lado,—aqui pasaremos la velada, charlando como dos amigos que somos; pero no haga V. ruido alguno demasiado fuerte con los piés, pues mi marido está abajo... en la habitacion de abajo.

—Abajo...!!—esclamé despavorido.

Y me quedé helado, como si me arrojaran de repente en un estanque.

—No tema V,...—siguió Lucrecia—¿es una con-

trariedad como otra cualquiera y nada más. Por eso no bajé ántes.

—Pero...

—Ya sélo que V. quería decirme;—me interrumpió ella—más no tema V. nada como le dije: ya vé V. que en esto quien habia de perder más era yo y yo soy la que le digo á V. que esté tranquilo...

—No comprendo como se pueda estar tranquilo, si abajo está...

—Ya se lo explicaré á V. luego... luego... luego...

Y entrelazándome entre sus brazos aquella sirena hermosísima, me axfisió en su atmósfera de voluptuosidad.

Pero viendo que yo seguia algo turbado, me dijo sonriente de amor:

—Si supiera que tenia V. tan poco valor ó que tanto temia V. que mi marido estuviera ó no abajo, no le diria á V. nada.—Deseche V. de su imaginacion ese temor... Figúrese V. que vamos navegando en un vapor, que está V. mareado y que yo le sostengo á V. en mis brazos... y nada más.

Yo no me opuse á esta consideracion de Lucrecia, porque en verdad que estaba enteramente mareado pero de voluptuoso encanto.

Y navegamos... y navegamos... y navegamos con rumbo á la Habana,—tocando en las Canarias, en las Terceras y en Puerto Rico, con una mar de fondo, que nos deshacíamos en el balance como dos esponjados en un mismo vaso de agua.

Allá, á la media noche, como sintiera yo toser fuertemente abajo, la imágen del marido volvió á intraquilizarme.

—Nada temas,—me dijo Lucrecia hecha un océano de hermosura; aunque mi marido penetrara aquí, no debes temer nada... pues mi marido y yo somos dos buenos amigos, que nos divertimos cuando podemos, *guardando las apariencias* á costa de nuestra vida, si fuera posible.

Aquellas palabras de Lucrecia me interesaron vivamente,—pues revelaban que me hallaba ante un tipo levantado...—que no era Lucrecia, en fin, una muger vulgar.

—Entendámonos—le dije;—entónces, segun te esplicas, tu marido no es tu marido.

—Mi marido, es mi marido—dijo ella con entereza,—y no un tirano. Nada le importa á mi marido que yo pasee mi corazon en el *misterio*, con tal que mi corazon le *responda* cuando lo llame,—y vice versa lo mismo á mi respecto á él.—Me explicaré: á los dos nos casaron nuestras familias *por razones de conveniencia*. . los primeros meses nos amamos, ó creimos amarnos, por la *novedad* de nuestra vida... luégo languidecimos justificando aquel dicho célebre de lord Byron, de que el matrimonio es una consecuencia del amor como la vinagre del vino.—«Pues para que no se avinagre nuestro amor—nos digimos—gocemos sin que la sociedad nada penetre... porque siempre *perlices* y *perdices* nos las hacen *aborrecer*. La sociedad

legisla muy bien respecto á moralidad, pero la legisladora desconocía ó no contó con el *hastio* en todo y por todo, ni oyó ese grito sublime de la generalidad, que á todas horas dice que la *privacion enjendra el apetito*...»

—Pero, Lucrecia...—objeté,—en nombre de esa sociedad, yo te digo que si el amor libre es una felicidad, yo reniego de ella.

—El amor libre es una felicidad—compréndeme bien—siempre que se guarden las apariencias, sin que nadie ¿lo oyes? pueda formular cargo alguna sensato sobre esa especie de honra baladí,—si bien es una infelicidad en el caso contrario, puesto que tenemos que vivir con esa misma sociedad...

—¡Oh, Lucrecia... Lucrecia...!

—Qué quieres! La libertad política ó civil, trae toda clase de libertades incluso la doméstica ó nupcial: muere mi libertad donde ataco la de otra: éste es el único dique razonable.

—Pero...

—Desechemos esa libertad bien entendida, en todo y por todo ¿y qué seremos entónces? Séres incompletos, séres violentados por el deseo innato de vivir y gozar, séres que necesitamos un médico á cada instante al lado de nuestra cama y á quienes ese mismo médico no puede salvar de una *estenuacion* segura, porque desconoce ó finge desconocer el remedio de nuestros males *naturales*...

—¡Oh, Lucrecia... Lucrecia!... ¡qué horroroso es lo que me dices!

—La verdad, querido Boan: ó el amor libre sin escándalo, ó la *tisis* por la privacion: no hay otra disyuntiva para la sociedad, que elija!

—Es que tambien el *abuso* pudiera traer la muerte, Lucrecia!

—Ya lo creo, querido mio, como sucede con las bebidas, como sucede hasta con la misma leche, hasta con las misma agua que uno bebe: si bebe uno más vino, o más leche, ó más agua que la que necesita ó el cuerpo pide... adios todo!

Aquel tipo de Lucrecia era sublime, en el género libre.

—Pero, bien mio—le dije aparentando seriedad—¿qué marido podrá avenirse jamás al amor libre?

—No hay uno, Boan querido, que al año de casado, ó ántes, no diera la mitad de lo que posee por recobrar su libertad. [En esa parte los curas son unos sabios: ellos con todas y con ninguna: ellos *embarca, embarca*, pero se quedan en *tierra*: ellos...

—Pero, muger.. si se divorciaran los matrimonios, ó se anularan, que es la verdadera frase ¿qué sería de los hijos y por consiguiente de la sociedad?

—Y qué *madre* abandonaría á sus *hijos*, hombre?—ni aun las fieras!

—Pero, y el dulce placér de ser padre, Lucrecia?

—Y cuántss abrazan como hijos los que no loson!

—Eso es un epigrama, Lucrecia, pero nunca una razon.



—Y la sociedad, bajo cualquier punto, bajo cualquier fase que la mires, ¿merece otra cosa que un epigrama soez para calificarla?

—Lucrecia... eso es horroroso!

—Desengáñate, Boan: todos, todos, desde el más alto hasta el más bajo, no somos más que unos miserables gusanos de la tierra; ó en otros términos: la vanidad encerrada en frascos de barro.

—Eso es negar que hay virtudes!!

—Y qué, Boan querido! eso que llamamos *virtud*, y otros *inocencia*, y otros *simplicidad* ¿se cotizaría más en la plaza que á un *tres por ciento*?

—Pero la vanidad existe, Lucrecia! esté ó no en relacion de tres individuos por cada cien, ó esté á uno siquiera,—la virtud, hija del cielo, existe!

—Existe!—exclamó aquella hermosura arrebatadora—¿existe! ¿pero cómo existe, si cuando la *necesidad* llama á la puerta, la virtud *escapa* por la ventana...!!

La profundidad filosófica de aquel argumento me aplanó. Podrán citarse casos excepcionales para contrarrestarlo; pero, en rigor, no pasan de ser casos excepcionales,—y á una sociedad no se la define por el *minimum* sino por el *maximum*.

—Cuanto acabas de decirme, Lucrecia, es sumamente inmoral;—le dije con gravedad.

—Inmoral! inmoral!—exclamó ella—hé ahí una palabra hueca con que los más hipócritas creen decirlo todo para asustar, y no dicen nada! Dáme el hombre más *moral* del mundo, penetremos en su vida *intima*, y no encontraremos más que miseria y podredumbre.

—Pero esa persona, al ménos guardará las apariencias!

—Y qué! ¿yo no las guardo? sabe algun criado mio, siquiera, lo que ha pasado entre los dos? Enhorabuena, que la sociedad corrija la deshonestidad y el escándalo... en el *baile de máscaras* que la constituye; pero nada más le concedo porque de nada más es dueña en nombre de todos y de ninguno!—La sociedad podrá *sospechar*, pero no *afirmar*,—y respecto á sospechas, precisamente nos hallamos en una época en que *nadie se escapa*, pues yo en Paris, oí *sospechar* desde la emperatriz hasta la última *grisseta*, y aquí mismo en la Coruña, oí murmurar desde la *caritativa* condesa de M., hasta la más humilde costurera.

A aquella nueva verdad que pesaba un millon de kilogramos, me sentí fatigado de seguir discutiendo con Lucrecia,—porque lo cierto es que *no se oye* hablar bien de nadie, desde el más alto hasta el más bajo,—lo que segun los moralistas no esculpe un síntoma de corrupcion social, sino que esculpe su podredumbre completa.

Me levanté de la butaca, y empecé á tararear el *vieni mecco sol di rose* del Hernani, y ella, creyendo que le dirigia este canto amorosamente, se acercó otra vez á mis brazos, hermosa, ardiente, irresistible.

Pero yo, ni estaba hermoso, ni ardiente, ni ir-

risistible. Jóven de veinte y siete años, parecia en aquellos instantes de saciedad y de languidez, un árbol desarraigado por el furor de la tempestad.

Despues... saqué el reloj, miré y eran las cinco de la mañana. Habria entrado en aquel delicioso *yath* de recreo á las ocho,—y habian navegado nueve horas. Nueve! nueve horas! ¡ah! estaba completamente mareado, rendidísimo de tanta navegacion. Quise levantarme un poco, y casi no pude: aquella muger *charmante* era una verdadera Lucrecia Borgia: su *oasis* ó gabinete de recreo, un gabinete envenenado, porque hasta la atmósfera parecia estar impregnada de hebetismo deleitador.

—Ven!—me dijo Lucrecia llevándome hácia el mirador de Diadema, contiguo á su gabinete—veámos desde aquí la aparicion de la aurora,—y cantémosle la balada que Verdi le pone en el *Attila*: *invelecendo il ciel, sai la bel aurore...*

Nos asomamos,—y en efecto, las estrellas palidecian completamente, y anchas fajas de plata y rosicler iluminaban la oscuridad de la atmósfera sobre las cumbres de la histórica Mayanca,—burgo del océano galaico, hasta donde llegó Almanzor á fines del siglo X, despues de destruir á Compostela.

De repente—vimos salir por la puerta del jardin una bella labradora, que se perdió bien pronto camino de Palavea.

—Hé ahí—me dijo Lucrecia—hé ahí porque yo tardé en hacerte la señal: ignoraba que mi marido tuviera cita esta noche en Diadema, cuando llegué á ella ayer por la mañana...

—Pero ¿y si sospecha algo de nosotros?

—Y qué tenuria que hecharme en cara?—Al contrario: le felicitare ahora con una mirada, pues no tardara en salir el coche, con objeto de llevarlo á la Coruna, donde tiene que estar al rayar el dia porque sale uno de nuestros buques para Filipinas. Heo ahí.

En efecto, el coche ya enganchado, salió del patio y se paró á la puerta de la quinta. Instantes despues, se asomó un nombre engañado hasta los ojos, dispuesto á montar en él; pero mirando para la galeria y viéndonos sin que tuvieramos lugar para retirarnos, saludó con la mayor finura.

—Por mi, por la sociedad y por ti mismo—me dijo Lucrecia vivamente,—me conviene que te saques muy amigo de mi marido, como si estuvieras recomendado á él. Aprovecha, pues, la ocasion de ir con él á la Coruna. No le faltes en nada, que él no te faltará.

—Pero... cómo!... estás loca!

—Ya veras: nada temas: la fórmula es lo de ménos cuando no hay peligro.

Y en seguida, dirigiéndole la palabra á su marido:

—Luis—le dijo,—este caballero, que se [ha extraviado esta noche en los alrededores, acaba de llegar á Diadema cansado, jadeante... Bueno es que aproveche la ocasion y regrese contigo á la Coruña.

—Con mil amores,—contestó el armador: lo espero.

—Dios mio!!—exclamé turbado—es imposible que yo pueda ir ahora en un coche con tu marido! Todo me acusa ante él, y yo no podría negar la verdad.

—Baja;—exigió Lucrecia imperiosamente.

Y casi me condujo hasta el coche.

El armador me tendió la mano con la mayor finura, me cedió el asiento de preferencia, y monté en seguida dando al cochero la orden de marcha.

Yo apenas podía hablarle en el camino por dos razones: por hallarme casi exánime, casi sin aliento como si me hubiera retostado—*ca va sans dire*—el amor de Lucrecia, y por el temor que me inspiraba aquel hombre á quien creía que acababa de ultrajar mortalmente;—pero su conversacion afectuosa y distinguida, las consideraciones con que me atendia, su esquisita urbanidad en fin, me obligaban á hablar algo, referente á lo pintorescos que son los alrededores de la Coruña.

Cuando me dejó en la fondá, exigió de mí que le *honrara* en almorzar con él al siguiente día.—y volver despues juntos en su carruage á Diadema,—carruage que el armador ponía á mi disposicion mientras me detuviere en el pueblo. Aquel hombre, con su irrisistible afectuosidad, me mortificaba más que si me hubiera abofeteado, pues invitándome para almorzar con él, etc., estaba cien veces más alto que yo, cuando en circunstancias iguales me batiera en el cementerio de Barrio con el amante de mi esposa. Ah! reflexionándolo bien, no hay muger en el mundo, por muy encapetada que sea, que valga, no la vida, sinó un solo día de la vida de un hombre! El tipo de aquel marido asombrará á mis lectores; pero será porque no ven en él lo que ver debieran; esto es, no un hombre ultrajado, sinó un hombre reconocidísimo... un hombre que no sabia como darme gracias *in menti* porque distraendo yo á su Lucrecia, él podia eludir su *tiranía*, y volar, volar por los aires con esta y la otra paloma que se le antojare.

Yo no sé lo que le prometí al despedirnos, porque la cabeza me giraba sobre los hombros, en un desvanecimiento singular, hijo tal vez de mi estenuacion,—pues aquella Lucrecia parecia haberme envenenado como la Lucrecia de Victor Hugo: tanto, que tuve que subir las escaleras de la fonda apoyado en la baranda como un viejo.

Al penetrar en mi gabinete, me arrojé en cama enteramente aplanado,—y por una fatalidad deplorabile, mandé á mi camarero que me sirviera bassos de zarzaparrilla de Bristol,—creyendo yo mitigar con dieta y refrescos el ardor que me consumia.

Al dia siguiente estaba yo tan mal, que mi camarero avisó á un médico.

Yo queria disimular—hasta con el médico—la causa de mi abatimiento fisico repentino—porque la sociedad nos educa de tal modo, que hasta nos obliga á ser hipócritas con los médicos,—pero éste

no se dió por satisfecho de mis esplicaciones,—y varió completamente de plan.

—Lo que V. necesita—me dijo, como si advirtiera el temporal que corriera,—no son refrescos sinó tónicos: ahora mismo, despues de un sopi-caldo, va V. á comer y á beber bien, quieras que no quieras.

En efecto, esto me restableció casi á las 24 horas,—y seguidamente mandé al camarero que arreglara los mundos y tomara billetes para trasladarme al Ferrol.

Quería poner—no tierra—sinó la mar entre Lucrecia y yo; pues otra noche igual en Diadema, me dejaria sin un soplo de vida.

### III.

#### Aventuras en el Ferrol: la Mona Lisa, ó un tipo á la alta escuela.

Cuando entra uno en la ria del Ferrol por la formidable garganta ó cauce que le dá único acceso por mar, cree que va á sentir gran sensacion al abordar la gran ciudad departamental. Y por el contrario, mejor aspecto presenta Mugaros desplegando rumbosamente á los ojos del viajero cuantas casas y botes tiene, que no el Ferrol que se presenta enteramente de perfil, porque la marina miliar *acorazó* su pecho con magníficos arsenales. A la inversa de la Coruña, cuyas blancas casas parece que se mecen sobre las olas como otras tantas palomas orillas de un lago,—las casas del Ferrol no ven el mar, ó si lo vén, es desde sus desvanes ó recónditos miradores. Asi como en Compostela domina el elemento clerical y universitario, y en la Coruña el elemento mercantil y civil, en Ferrol domina esencialmente el elemento marítimo: este departamento ó estacion naval se parece á una gran estacion de ferro-carril, pues no se veian en él sino gorras con galones. Y para que la ilusion sea completa, el ruido de sus inmensos obradores en el dique, no puede ser más semejante al ruido de los obradores de una gran estacion central de ferro-carriles. Asi como del puertecito de Mugaros, se dice que nace un hombre y nace un bote, asi de nuestro gran departamento naval del norte, se puede decir que nace un hombre y nace una gorra de galon, si bien gorras de galon que suponen glorias patrióticas como Doral, Vigodet, Vallarino, Montojo (D. S.), Sanchez Barcaiztegui y otros ferrolanos ilustres. El que en Ferrol no lleva boton de ancla, parece que todas las miradas le dicen: ¿Quién es V.? ¿qué hace V. aqui? ¿cómo demonios está V. aqui? ¿qué le trae? ¿qué busca donde no hace falta?—Esto, por supuesto, no pasa de una apreciacion poética, pero la verdad es que un forastero en Ferrol, es objeto de la mayor curiosidad,—hija de que el pueblo no conoce el movimiento de los ferro-carriles, diligencias y vapores,—y sólo conoce el movimiento personal de la fragata H. ó B. de guerra, ó del crucero N. ó D.

Se continuará).

BENITO VICETTO.